

EL SUD-TIROL O ALTO ADIGE EN SU PROCESO DE PROBLEMA EUROPEO

Es Tirol un país propiamente alpino. Al igual que Suiza está configurada por la importante línea orográfica de San Gotardo, lo está Tirol por la de Brennero, que muestra todo el poder de los Alpes occidentales.

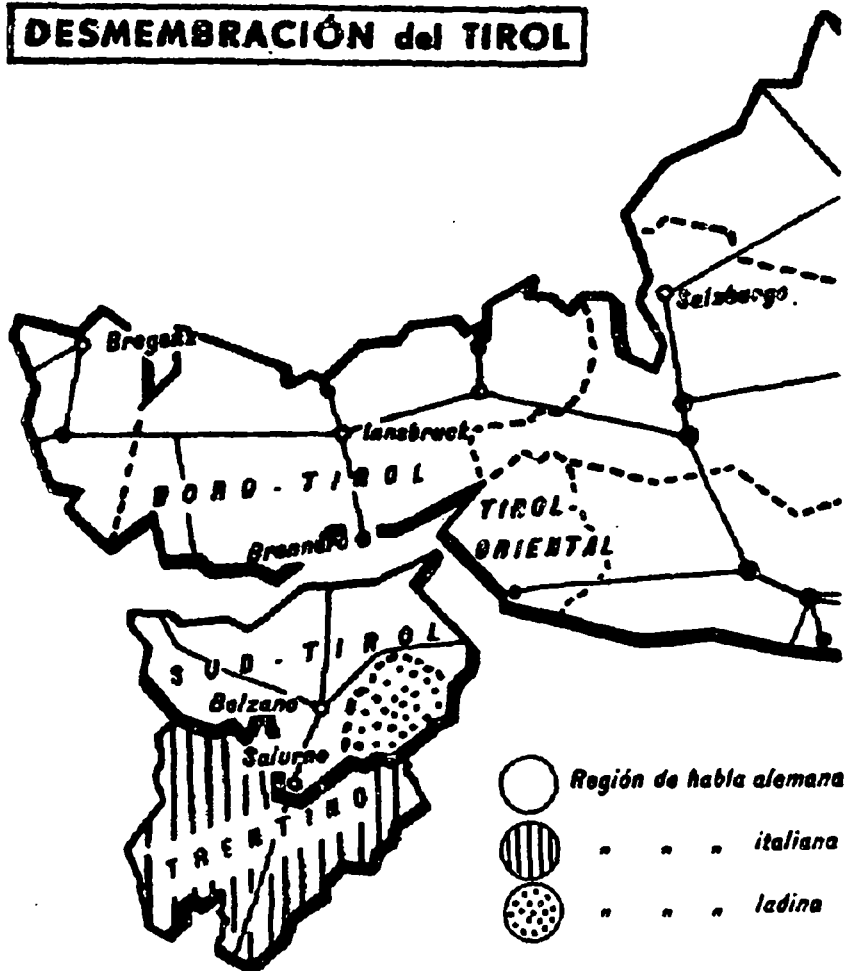
Esta extensa zona montañosa no ha permitido nunca una suficiente producción agrícola, pero los prados alpinos mantienen una abundante cabaña y la industria forestal juega un importante papel; la abundancia con que se dan en el Sur el vino y la fruta compensa otras deficiencias, y su accidentada geografía produce energía eléctrica en abundancia. A falta de una industria verdaderamente formal, su más importante fuente de ingresos es el turismo, fomentado por el innegable encanto del Tirol, con justicia llamado por Schiller «Paraíso Montañés».

Dejando a un lado todas las vicisitudes históricas de los antiguos períodos, emplazamos a Tirol en 1342 bajo el margrave Ludovico de Brandeburgo, que da al Tirol la primera Constitución, en la que aparecen, junto a la nobleza y el clero, los burgueses y aldeanos, a quienes les fueron concedidas sus libertades y derechos políticos. Muerto el hijo de Ludovico, Mainardo, se empeñan Austria y Baviera en una lucha dinástica, favorable a los Habsburgos, pasando Tirol de país independiente a miembro de la Unión Austríaca; a la que pertenecería ya siempre, con un breve intervalo de 1805 a 1814. Su acontecer histórico en los períodos siguientes es paralelo al de los otros países europeos, especialmente en lo que se refiere a las luchas entre las diferentes clases sociales y el Príncipe.

Los grandes fenómenos históricos que conmocionaron Europa, tales como el descubrimiento de América, el Protestantismo, la Revolución francesa, tuvieron una mínima repercusión en Tirol, que sigue encastillado en sus Alpes, dedicado a su laboriosidad agrícola, afectándole casi nada las nuevas orientaciones comerciales e industriales que empiezan a germinar en el Viejo Continente.

En el período napoleónico tiene Tirol su momento de gloria, y el patriota Andreas Hofer escribió en su Historia unas páginas heroicas, liberando a la patria del dominio francés; corta liberación, pues por la Paz de Schönbrunn Austria cedía de nuevo el Tirol, y así el héroe pasó ahora a

DESMEMBRACIÓN del TIROL



rebelde y más tarde a reo, siendo fusilado en Mantua y rubricando su epopeya con una elegía.

El Emperador dividió el país en tres partes, siendo anexionado Sud-Tirol a Italia, a pesar de la protesta de los sudtiroleses, que pidieron mejor per-

tener a Baviera, con quien se creían más identificados. Por el Congreso de Viena volvió a su situación anterior al periodo napoleónico.

Sigue un periodo de absolutismo, cuando Metternich se esfuerza por restablecer en Europa la antigua sociedad anterior a la Revolución francesa. Cae Metternich en Viena, y Austria y Tirol envían representantes al Congreso nacional de Frankfurt, donde la Asamblea elige de nuevo al príncipe austriaco archiduque Juan. En este Congreso habían estado presentes los seis diputados del Tirol italiano, pero solamente para exigir que su país fuese separado de Tirol y dado a las provincias italianas. Es la primera vez que aparece el «Irredentismo», así llamado ese objetivo por el Movimiento de Unificación Italiana.

Si las corrientes socialistas habían de tener poco éxito en Tirol, país de escasa industria, no ocurriría igual con el liberalismo, que dió origen a un nacionalismo de honda y funesta repercusión para un pueblo que, como el que nos ocupa, estaba integrado por un triunvirato étnico; a saber, ladinos, italianos y alemanes.

Son los ladinos el grupo étnico más antiguo del país; son reto-romanos; habitaban la parte norte del Inntal, en el Trentino, y en Wintschgau; este grupo ha sido poco a poco absorbido por alemanes e italianos, y es únicamente en las Dolomitas donde permanece un pequeño núcleo, que, según los datos estadísticos de Bresanone y Trento, son 25.034, de los cuales 2.564 son italianos. Recientes trabajos filológicos presentan el ladino como un dialecto italiano, aunque el investigador Ascali (1863) admite que es más semejante al antiguo francés. El mismo nombre «Tirol», cuyo significado permanece velado, es de origen rético.

Tirol germano y Tirol italiano.

Hasta el siglo xvi el Tirol germano llegaba más hacia el Sur que hoy. Desde que en el Renacimiento se reveló el nacionalismo italiano y su conciencia de unidad y poder penetró la lengua italiana en esta región; al mismo tiempo cesaba la inmigración alemana, ya que se tenía a los alemanes como portadores del protestantismo. La frontera lingüística retrocedió en el Entschtal desde Lavis hasta Salurno. Tan sólo en grupos aislados se ha conservado el alemán hasta el día de hoy. Por otra parte, fueron apareciendo minorías italianas en el sur del Tirol, primeramente en muy pequeño porcentaje. Y así fué apareciendo también una frontera entre italianos y alemanes.

Después de la lucha por la independencia, al iniciarse el «Irredentismo» (1848), que origina la separación del Tirol italiano, se anula el influjo austríaco en Italia; la unidad italiana se acentúa y toma cuerpo la idea de hacer cesar todo dominio austríaco sobre los italianos y volver a éstos a la patria; esto es, redimirlos. En este sentido trabajaron el trentino Alcide de Gasperi, que fué diputado del Parlamento austríaco y más tarde presidente del Gabinete italiano, y Césare Battisti.

A pesar de todo, los tirolese italianos no estaban amenazados en su nacionalidad. Al Consejo del Reich, en Viena, fueron enviados 16 diputados alemanes y nueve italianos; el Parlamento tirolés contaba 45 alemanes y 23 italianos; el vicepresidente y dos miembros del Gabinete eran italianos; el idioma oficial era tanto el alemán como el italiano; el Organó oficial de comunicaciones aparecía tanto en uno como en otro idioma; los Tribunales se servían del italiano hasta la última instancia; las escuelas municipales y la mayor parte de las estatales se valían del italiano. Las quejas de los «irredentos» eran de que en las islas lingüísticas del Trentino y para los empleados y militares alemanes, existían escuelas alemanas; la toponimia era completamente italiana, y tampoco podían alegar perjuicios económicos.

Sobre todo, las condiciones de los labradores eran mucho más ventajosas en el Trentino y, por tanto, había menos emigración. Lo único de lo que se les privaba era de la autonomía. El motivo principal hay que buscarlo en que hubiera tenido una poco recomendable imitación en todos los pueblos del Imperio.

Pero los trentinos irredentos de entonces deseaban la frontera de Salurno; la exigencia imperialista de la frontera del Brénero nació con Tolomei, contra la voluntad de los trentinos. Tanto Cesare Battisti como su antecesor Conci se opusieron al acaparamiento del territorio alemán, porque se oponían a la idea del Estado nacional.

Mas lo que nos puede dar una idea de la situación de los tirolese italianos bajo dominio austríaco y de los tirolese alemanes bajo dominio italiano, en un común período de veinticinco años, es que bajo el dominio austríaco creció la población italiana del Trentino en un 25 por 100. Bajo el dominio italiano disminuyó la población alemana en Sud-Tirol en un 4 por 100. La población italiana del Sud-Tirol alemán pasó de 8.000 a 115.000, lo que significa un 1.300 por 100. La idea del «Irredentismo» no nació del deseo de defender un pueblo amenazado de exterminio; tampoco del deseo de autonomía por parte del grupo italiano del país, pues ya se le tenía en

cuenta desde 1899. La causa hay que buscarla en la ambición italiana y en sus deseos de expansión hacia el norte. Así lo expresa la célebre consigna de Manzini: «Italia fina al Brénnero.» Los más apasionados defensores de esta tesis fueron Ettore Tolomei, Battisti y Mussolini, y su programa se reducía fundamentalmente a tres puntos:

a) Italianizar el elemento alemán del Sud-Tirol.

b) Igualmente el elemento ladino, cuyo idioma se tenía por un dialecto italiano.

c) Llevar la frontera italiana hasta la línea culminante de los Alpes.

Al advenimiento de la primera guerra mundial pareció llegado el momento de cristalizar la política italiana respecto al Sud-Tirol.

Primera Guerra Mundial.

Italia no tomó parte en la guerra a favor de Austria y Alemania, a pesar de que el convenio existente entre las tres naciones le obligaba a ello. El 26 de abril de 1915 se dejaba captar por la parte contraria en la Declaración de Londres, y entraba en guerra a cambio de asegurarse la frontera en Brénero, desligándose del Tratado de las tres potencias. El 4 de mayo firmó su nuevo compromiso y el 23 declaró la guerra a Austria.

Se combatió duramente y los tirolese italianos tomaron parte activa en la defensa del país, lo cual no parece estar muy de acuerdo con la opinión de que el «irredentismo» provenía de ellos. El hundimiento de la monarquía austro-húngara en 1917 es inevitable, llegándose al Tratado de Paz. Y he aquí de nuevo a Tirol en la situación de 1809. A pesar de su defensa, de su homogeneidad, de su sentido nacionalista, es dividido en tres partes. El 8 de enero de 1918 promulga Wilson sus 14 puntos. El 9.º establecía la purificación de las fronteras italianas. El 10.º, la autodeterminación para los pueblos austro-húngaros; pero refiriéndose al Tirol ambos puntos eran incompatibles, pues si se cumplía la autodeterminación, no recibiría Italia lo prometido en Londres¹.

¹ «Es evidente que si el idioma, la raza y el propio deseo del pueblo hubieran contado en la decisión de la Conferencia, Sud-Tirol no hubiera sido nunca italiano.» (De un memorándum del Presidente de Ministros francés, Clemenceau, y del Ministro inglés del Exterior, Balfour, en 14-7-1919 a la delegación italiana en la Conferencia de la Paz.)

Italia, que después del Tratado de Paz había invadido Sud-Tirol y Nor-Tirol, recibió por el tratado de San Germán, de 10 de septiembre de 1919, Sud-Tirol hasta Brénero; esto suponía la mitad del suelo tirolés y dos tercios de sus habitantes: 223.000 alemanes y 20.000 ladinos.

Los estadistas aliados se excusaron más tarde alegando que no habían sido suficientemente informados sobre la situación del Tirol¹. El italianismo de Tolomei triunfaba. Al establecer la frontera no fué seguida siquiera la tesis de la línea divisoria de las aguas, sobrepasándose las propias exigencias de Italia en Brénero, Reschen y Pustertal. Jamás a lo largo de la historia ha sido Brénero frontera, y el nombre regional de Wipptal abarca las dos vertientes al norte y sur de Brénero. En razón a la estrategia, puede alegarse que Tirol resulta estratégico como un todo, mas no dividido, ya que sus características geológicas son idénticas en cada metro cuadrado de su suelo.

Los italianos no reconocieron, en su deseo de anexionarse Tirol, datos tan elocuentes como son más de mil años de poblamiento alemán, igual que los términos «romano» y «ladino», no son en modo alguno sinónimos, y que una toponimia italiana no determina una población italiana, pues también existen tales nombres al norte de Brénero, en regiones indiscutiblemente alemanas.

Bajo la democracia italiana (1918-1922).

Cabía esperar que Italia, como país democrático, respetase los derechos de los grupos alemanes. En efecto, el jefe del Gobierno, Nitti, había declarado en la Cámara italiana, poco antes del Tratado de Paz que Italia no quería la desnacionalización de las minorías de distinta lengua. Pero la política italiana marcada por Tolomei era no reconocer los derechos que pudieran tener esas minorías.

En estos cuatro años se mantuvo a los tirolesees con el consuelo de las promesas, lo que sirvió a éstos para presentar en Roma un programa de autonomía «para toda la región conjunta de raza y lengua alemana y ladina». Debía formarse una provincia propia de lengua y toponimia alema-

¹ «Desgraciadamente, el Presidente Orlando Wilson había prometido ya la frontera en el Brénero, cosa que más tarde él mismo reconocería como un gran error.» (Ray Seward Baker: *Woodrow Wilson and World Settlement*, New York, 1922.)

na, con ejército propio; sin embargo, algunos círculos de Trento eran partidarios de la integración germana con otras provincias, previendo que en un período de cincuenta años, por medio de la enseñanza, la inmigración italiana, etc., se conseguiría una total disolución del elemento alemán. Todo esto ya podía deducirse por las actas provisorias de ocupación, que designaban a Bolzano y a Trento con el nombre de Venecia Tridentina. Y aún se llegaría más adelante—en julio de 1920—a prohibir el alemán en las tierras bajas de Bolzano, y a prescindir de él en las iglesias y en las escuelas de la isla idiomática de Salurno. Ya entonces el corresponsal de la revista inglesa *Observer*, famosa por su objetividad, reconocía este comportamiento de Italia, como una penetración pacífica.

Así se consiguió que el porcentaje de los italianos se elevase en el Tirol alemán de un 3 por 100 en el censo de 1910 a un 8 por 100 desde 1918 a 1921.

Como resultado de las elecciones del año 1921 los tiroleses enviaron al Parlamento sólo diputados alemanes. El Gobierno se decide a tomar medidas, no ya enérgicas, sino drásticas: cambió en las tierras bajas de Bolzano los escudos alemanes por italianos e introdujo el italiano como el único idioma para la enseñanza en el territorio ladino.

Un año después se impuso también en Merano el uso de los dos idiomas. El Gobierno rechazó a los alcaldes alemanes elegidos en Bolzano; mientras tanto, la representación italiana en la Asamblea de la Sociedad de Naciones de Ginebra aprobó la resolución de que también aquellos Estados, que no estaban obligados por un Acuerdo a la protección de las minorías nacionales, deberían hacerlo con la misma justicia y tolerancia que si existiese un Tratado.

El día 28 de octubre, con la marcha de Mussolini a Italia, terminaba la democracia italiana, a la par que empeoraba la situación de Sud-Tirol.

Bajo el fascismo (1922 a 1945).

La exaltación nacionalista del fascismo le trajo a Tirol un mísero destino.

Una de las primeras medidas fué el ultimátum para retirar todos los escudos e inscripciones con el nombre de «Tirol»; se unió Sud-Tirol con el Trentino formando una provincia con capital en Trento, extendiéndose las

leyes de las provincias italianas a las alemanas, sepultándose así las autonomías de los municipios sudtiroleses. Ampezzo y Buchstein fueron separados de su tradicional unión con Sud-Tirol y anexionados a Belluno; los once municipios del bajo Bolzano fueron también separados del Sud-Tirol, lo que significa que no podrían usar más que el idioma italiano.

El 15 de julio de 1923 Tolomei desarrolló en Bolzano el problema para la italianización, que consistía, aparte de lo ya expuesto, en favorecer la inmigración italiana y en obstaculizar, en todo lo posible, el normal desenvolvimiento del elemento alemán.

El objetivo que se perseguía lo resuelven así las propias palabras de Tolomei:

«En pocos años el trabajo diligente del Gobierno y la nación habrá cambiado el estado de cosas en Oberetech de tal modo que el futuro esté asegurado. Los alemanes pueden olvidar sus avanzadas trasalpinas.»

Poco a poco fueron desalojados los funcionarios alemanes de la parte norte de Brénero; disueltas las asociaciones alpinas alemanas, sustituidos los nombres de poblaciones y carreteras; se creó una poderosa Banca italiana, a la vez que se suprimieron los bancos alemanes, aún los existentes antes del Tratado de Paz, y se cambiaron las autoridades eclesiásticas de la diócesis de Bresanone.

Y es de notar que mientras en la Conferencia de la Unión Interparlamentaria en Copenhague—agosto 1932—el delegado italiano condescendía a permitir a las minorías el uso de la lengua materna en las escuelas, un Decreto de 1 de octubre disponía que fuese el italiano el único idioma oficial y que las enseñanzas en idiomas extranjeros tuviesen carácter suplementario. Por un nuevo Decreto de 28 de octubre de igual año se prescribió que fuese la única lengua para informaciones, manifestaciones y reuniones.

En las elecciones de 1924 tuvieron los alemanes una señalada victoria y ello extremó más los procedimientos italianos, ante la imposibilidad de la Prensa, que era un instrumento en manos del Gobierno.

Tolomei pudo decir en el Senado el 4 de febrero de 1925: «Las cosas allá arriba van bien, muy bien.»

Otro Decreto de 16 de abril de 1925 privó a las Comunidades del derecho a nombrar alcalde, misión que en lo futuro asumiría el gobernador o prefecto.

El 6 de diciembre de 1925 dijo Mussolini: «Haremos italianas todas aquellas comarcas, ya que pertenecen a Italia.»

Y un año más tarde: «Allá arriba no hay más que una minoría italiana que habla un dialecto alemán desde hace medio siglo.»

El día 2 de enero fué separado Bolzano de Trento. La desnacionalización siguió su curso. De 205 municipios se hicieron 91. El número de ofertas de las fincas rústicas creció rápidamente, favorecido sin duda por la crisis económica mundial de 1930.

Y así,

En 1931 fué de	60
en 1932 » »	98
en 1933 » »	169
en 1934 » »	263

sumando un total de 1.000, hasta 1938.

Las subvenciones del Estado favorecían la inmigración italiana. Destruída totalmente la autonomía municipal, pone Mussolini en práctica su plan de industrialización de Bolzano, empezando por construir un barrio enteramente nuevo que alojó a 12.000 italianos, atraídos principalmente por las obras de fortificación de la frontera.

El número de tropas había aumentado de 5.600 en 1921 a 21.000 en 1936.

Por Decreto de 7 de enero de 1937 la entidad «Rinascita Agraria» recibió potestad para expropiar, registrándose en noviembre de 1938 solamente en el Brénero 468 hectáreas, extendiéndose en noviembre de 1939 esta ley a otras regiones, sin concederse, a veces, ni las debidas compensaciones.

Así las cosas, no es de extrañar la esperanzadora alegría con que los tiroleseos acogieron el pacto entre Hitler y Mussolini de 28 de junio de 1939, del cual esperaban se desprendería su anexión a Alemania.

Tirol en 1918 se había declarado libremente por la República austriaca recientemente creada. ¿Y cómo no intervino Austria—puede preguntarse—para aliviar la situación de los sudtiroleseos, máxime cuando la opinión mundial, visto el cariz que tomaba el fascismo, estaba decididamente de parte de ellos?

El diputado tirolés Kolb, en un discurso pronunciado en el Parlamento, conminó a Viena a salir de su reserva, pero los intentos del canciller Seipel fueron calificados de inmiscusión insoportable en los asuntos internos de Italia por Mussolini, que retiró su embajador, obligando a Austria a ceder.

Tampoco la situación interna de Austria era muy propicia: las huelgas y los motines habían minado la confianza en el Parlamento y en general en la democracia; parecía que no se podía seguir adelante sin un dictador. Este estado de cosas culmina el 15 de julio de 1927 con el incendio del Palacio de Justicia. El 5 de marzo de 1933, al disolverse el Parlamento, se inicia en Austria un período autoritario. Por encima de todo, gravitaba en el ambiente austriaco el fantasma de la anexión a Alemania, y buscando equivocadamente un apoyo en Italia, puesta su esperanza en un próximo antagonismo entre el fascismo y la Alemania nazi, firma el 6 de febrero de 1930 un Pacto de Amistad con Italia, y a raíz de ello se registra una gran actividad de Acuerdos y viajes entre Austria-Hungría e Italia, sin que quede un espacio para el gran problema del pequeño Tirol.

A pesar de todo, Alemania se anexiona Austria, y Hitler, también buscando la amistad de Mussolini, reconoce la frontera en el Brénero, y para dar más fuerza a este reconocimiento separa el Tirol oriental y lo anexiona a Carintia.

Los sudtiroleses sufren un rudo golpe en sus esperanzas de unificación; ellos esperaban que sin duda ninguna Hitler lo anexionaría al Reich; más aún: que Mussolini se lo entregaría como *Morgengaben* en señal de amistad. Entonces, cuando parecía asegurada la tesis de la frontera en el Brénero, apareció en círculos italianos la tesis del «Alpen Wahl», pretendiendo el Tessino y Granbünden, y aún más, Tirol oriental y Carintia, como sería sostenido después de 1945.

Desde 1918 Italia había tratado de italianizar a los sudtiroleses, pero con poco resultado. El mismo Tolomei, acérrimo defensor de tal propósito, tuvo que confesar en 1935: «Ni siquiera en doscientos años nos habremos asimilado el Tirol.» En efecto, la opresión fascista sólo había dado resultados negativos. En 1936, para eliminar el elemento reaccionario, propuso Tolomei que se expatriasen 200 familias a Abisinia. Hitler, que necesitaba de su aliado, lo permitió, y un mes después de firmado el pacto italo-alemán, llamado del Acero, el 23 de junio de 1939 se concluía el Convenio de Traslado, en virtud de cuyas bases la población ladina y alemana debía decidirse dentro de un año a tomar la nacionalidad italiana, y con ella el derecho a permanecer en Sud-Tirol, o a tomar la alemana abandonando el país; o sea, italianizarse o salir del Tirol. En Sud-Tirol existía un importante número de súbditos alemanes y austriacos; todos fueron constreñidos a la elección, sufriendo los reacios la expropiación de sus bienes.

La italianización era el único precio que podía pagarse por permanecer

en el Tirol. El gobernador de la provincia de Bolzano declaró oficialmente a los representantes de los municipios de Sud-Tirol: «los ciudadanos que se nieguen a hacer uso de sus derechos de trasladarse a Alemania serán transferidos a las provincias allende del Po»; súmese a esto la propuesta de mandarlos a Abisinia, la dificultad para encontrar empleos, la inseguridad de sus bienes y no es de extrañar que de 247.000 sudtiroleses, 213.000 se decidieran a marcharse a Alemania y sólo 34.000 optaron por quedarse esperando tiempos mejores.

El desarrollo de la guerra puso fin a esta pesadilla y de hecho sólo emigraron 70.000.

En 1943 el Sud-Tirol formaba parte de la zona militar de operaciones, región Prealpina. Las autoridades de la ocupación alemana separaron Sud-Tirol de la administración italiana y ordenaron que se hablase el alemán en las escuelas, y en general que disfrutase el alemán de los mismos privilegios que el italiano. Esto no sería más que un paréntesis; después de la guerra el Ministerio italiano de Política Interior quiso llevar a cabo la expatriación, demostrando que en Italia podría cambiar cualquier cosa menos la política sobre el Tirol, pero lo impidieron las potencias inglesa y americana.

El Tratado de París.

Después de la derrota del nacionalsocialismo y del fascismo, el Tirol de ambos lados del Brénero miraba con nuevas esperanzas hacia el futuro. ¿No habían reconocido en un tiempo Wilson y con él otros estadistas que había sido un error la desmembración del Tirol? ¿No había reconocido recientemente el Pacto del Atlántico y de nuevo las Naciones Unidas solemnemente el derecho de la autodeterminación? ¿No había quebrantado Italia sus promesas de 1919 en cuanto a respetar las minorías nacionales? ¿No habían declarado en 1944 altas personalidades italianas al puntualizar los principios del «Risorgimento» que Italia renunciaba de propia voluntad a sus derechos sobre ciertos grupos nacionales del Norte y Este de la Península?

Se reunieron 156.629 firmas que pretendían la vuelta del Tirol a Austria, idea secundada por los eclesiásticos de la Diócesis de Bresanone, y con la que también se identificaban la opinión pública y el Gobierno austriaco. En el parlamento inglés no menos de 189 diputados elevaron su voz en

defensa de los derechos del Tirol, entre ellos Winston Churchill¹, partidario de la vuelta del Tirol a Austria. Italia no podía alegar ahora razones de tipo estratégico, sino económico, aunque, como aquéllas, no convincentes. Y, sin embargo, a pesar de todo ello, la decisión no fué justa, como así lo reconoció el senador americano Vanderberg, al informar al Senado americano de las negociaciones de paz con Italia.

Principalmente quedó Tirol unido a Italia, porque después de la pérdida de Trieste y de las colonias no se le podía privar por ley de compensación del Tirol. Se avino Italia, temiendo por sus dominios del Norte, a poner el Tirol del Sur, en cierto modo, bajo la protección internacional, firmando el Tratado de París el 5 de septiembre de 1946. Por él:

1) Se les asegura a los habitantes de lengua alemana de la provincia de Bolzano y de los pueblos bilingües comarcanos de la provincia de Trento la total igualdad de derechos con los ciudadanos de lengua italiana, dentro de las disposiciones particulares para protección de la idiosincrasia del pueblo y del desarrollo natural y económico de la parte alemana de la población.

De acuerdo con las disposiciones legales en vigor u otras que se hallen en preparación, se concede a los ciudadanos de lengua alemana lo siguiente:

- a) Enseñanza elemental y media en su lengua materna.
- b) Igualdad de las lenguas alemana e italiana en los oficios y documentos públicos, como también en la toponimia de los lugares donde se hablen ambos idiomas.
- c) Derecho a cambiar los apellidos italianizados en los últimos años.
- d) Igualdad en la consecución de cargos y oficios públicos.

¹ «Yo no conozco en toda Europa un caso en que la Carta del Atlántico y la posterior Carta de las Naciones Unidas puedan ser aplicadas mejor que en Tirol austriaco para el pueblo que habita esta pequeña pero bien delimitada comarca. ¿Por qué no puede permitirse decir a los habitantes de este bello país montaños, tierra del patriota Hofer, una sola palabra sobre su destino? ¿Por qué no se puede intentar un plebiscito bajo la vigilancia de las grandes potencias?» (Winston Churchill, 5-7-1946, in englischen Unterhaus.)

«En lo que a nosotros concierne, no estuvimos muy conformes nunca en dejar a Italia 200.000 hombres de habla alemana y consideramos que el Gobierno italiano debe hacer todo lo posible para velar por los derechos de esta minoría de sudtiroleses de habla alemana.» (Ernest Bevin, Ministro de Asuntos Exteriores en el Consejo de la Conferencia de la Paz, 8-11-1946.)

2) A las autoridades de las regiones indicadas se les concede potestad para dictar leyes que les sean conformes y para ponerlas en ejecución.

Los puntos que regularán la práctica de estos privilegios de autonomía se elaborarán tras haberse aconsejado por representantes del grupo alemán.

3) Con el fin de crear buenas relaciones entre las naciones fronterizas de Austria e Italia, el Gobierno italiano, en colaboración con el austriaco, se compromete, dentro del año que sigue, a la firma de este Tratado:

a) Revisar, con espíritu de ecuanimidad y comprensión, la cuestión originada por el acuerdo entre Hitler y Mussolini en 1939 respecto a la elección de ciudadanía.

b) A llegar a un acuerdo tocante al reconocimiento de ciertos grados y títulos universitarios.

c) A elaborar un acuerdo que regule el tráfico libre de personas y mercancías entre el Tirol del Norte y del Sur por ferrocarril, tanto como por carretera, en cuanto sea posible.

d) A elaborar ciertas disposiciones que faciliten un amplio tráfico fronterizo y un intercambio regional de determinadas cantidades de frutos y productos regionales entre Italia y Austria.

A petición de los delegados de Bélgica y Holanda, y para que fuese reconocido el valor internacional del Acuerdo, se le inscribió como Anexo al Tratado de Paz italiano de 10 de febrero de 1947.

La Comisión de Negocios Extranjeros del Parlamento austriaco, al examinar estos acuerdos de París, el 1 de octubre de 1946, expresaba la esperanza de que un cambio en la política mundial pudiera otorgar a los tirolese «la posibilidad de autodeterminación; este principio es el único que conduce a una solución durable y que pudiera reconocer Austria como justa, en la cuestión del Tirol».

El Tratado de París en la práctica.

El fin del Tratado de París es garantizar la existencia y desarrollo del Tirol del sur alemán. Esto se lee como lema ya en la primera frase, y a ello debe orientarse toda interpretación; este fin persiguen todas las medidas enumeradas en el acuerdo. Y si estas medidas fuesen insuficientes el fin exige que se tomen otras. Los puntos anotados son un ejemplo, no una enumeración exhaustiva. No en vano leemos: «A los ciudadanos de habla alemana se les conceden, *entre otras cosas*, especialmente lo siguiente...»

El objeto del Tratado parisino es, además, otro: pretende restaurar en lo posible la unidad étnica, cultural y económica del Tirol, desgarrada por la demarcación fronteriza. Esto lo prueba, ante todo, el artículo 3.º en sus apartados *b)*, *c)* y *d)*.

Las medidas tomadas se agrupan en consonancia con los tres artículos, de la forma siguiente: igualdad en el idioma (escuela y enseñanza media), autonomía; acuerdos a realizarse entre Austria e Italia.

Artículo 1.º: Igualdad en el idioma.

La enseñanza elemental y media se efectúa en lengua materna. Kindergarten en lengua alemana aún no hay ninguno. La igualdad de los dos idiomas en los cargos públicos y documentos oficiales deja mucho que desear. El 90 por 100 de los funcionarios públicos en el Tirol del Sur son italianos. Bajo el dominio austríaco, en cambio, el porcentaje de funcionarios públicos italianos en el Trentino no llegaba a seis.

Los empleados italianos en su mayor parte no saben alemán. Este hecho por sí sólo demuestra que la igualdad entre las dos lenguas es algo ilusorio, como puede comprobar cualquier viajero o turista. Para Italia, la igualdad de las lenguas cuenta sólo en cuanto a las relaciones de los empleados del Gobierno con el público, mientras que éstos deben servirse entre sí del italiano. Pero de esta manera se llegaría al absurdo de exigir a los alcaldes de los pueblos alemanes que hablen entre sí el italiano.

Asimismo dicen que el italiano es el idioma oficial y el alemán una lengua auxiliar. Pero ¿dónde queda entonces la igualdad que asegura el Tratado de París? Un problema especial es el de los nombres. El derecho del individuo a sus apellidos y a llevar un nombre propio a su gusto, en su lengua materna, está fuera de toda discusión. Pues bien, últimamente se intentó poner en primer lugar en los documentos el nombre en italiano, como si fuese el original, y debajo la traducción en alemán. De idéntico derecho gozan los países, poblaciones y comarcas. También aquí existen muchas irregularidades. El país se llama «Südtirol» y no «Alto Adige»; no tiene dos nombres—Südtirol y Alto Adige—, sino uno solo: Südtirol. Del mismo modo es «Jossemass» y no «Colle Bravo»; «Marliang» y no «Marlengo». Si bien es verdad que los italianos decían ya antes Bolzano—Colle Isarco no dijeron nunca—, también es verdad que la ciudad se llama Bozen. El italiano dice también «Vienna» y el austríaco «Venedig», pero ello no implica para que dichos nombres sean Wien y Venecia, en los respecti-

vos lugares. Algo semejante ocurre en Suiza, donde las poblaciones en que se hablan dos lenguas tienen dos nombres (Biel, Bienne; Fribourg, Freiburg; etcétera); pero aquellas poblaciones donde se habla una sola lengua no tienen más que una designación, ya que si no, habrían de llevar todos los lugares cuatro nombres. Por tanto, se dice Gêneve, aun cuando en alemán se diga Genf y Ginevra en italiano.

Otra deficiencia del Tratado de París es el no haber mencionado siquiera a los ladinos, y el haber pasado por alto la región colonizada por los alemanes y sus islas lingüísticas; la causa de ello es que Italia ha italianizado estas regiones.

Artículo 2.º: Autonomía.

El punto capital es la autonomía. El Tratado de París la concede «a la población de las regiones arriba citadas»; esto es, al Sud-Tirol alemán; la concede «nell ambito delle zone stesse», como traduce el original inglés: «regional».

El Tratado de París concede la autonomía, porque considera ésta como el mejor medio de protección de los grupos étnicos de un territorio. Esta autonomía otorga a la población la facultad de organizarse según sus necesidades y de formar, dentro de sus límites, un Estado en el Estado.

Italia no dió la autonomía al Sud-Tirol alemán, sino que uniéndolo a Trento creó un territorio autónomo. La razón está patente: en un territorio donde las dos quintas partes son alemanes, y el resto italianos, la decisión de la mayoría está asegurada. Esta autonomía regional se opone al significado de las palabras y al fin que persigue el Tratado. La región consta de dos provincias: Bolzano y Trento. Dentro de la región las provincias gozan de cierta independencia. En los Estatutos de autonomía se prevé que la región puede transferir sus poderes administrativos a las provincias y municipios. Pero la mayoría italiana de la región se ha mostrado hostil a toda transferencia de poderes¹.

En el Sud-Tirol, sin que los Estatutos establezcan nada semejante, un vicesecretario representa al Estado. De hecho, es él quien gobierna y no el gobernador elegido por la población; de él emanan las directrices, él nombra los secretarios comunales, lesionando la potestad que al respecto

¹ «Tocante a la expansión de la autonomía administrativa quisiera hacer notar que es más restringida que la de las otras autonomías.» (De Gasperi, 29-1-1948, en la sesión de la Asamblea Constituyente italiana.)

disfrutaban los municipios. El Código legislativo de la provincia está sufriendo bajo la opresión del Gobierno italiano, que puede desaprobado ciertas leyes o elevar quejas ante el Tribunal Supremo del Estado. Contra las violaciones que sufra el dicho Estatuto de Autonomía no puede recurrir la provincia al Tribunal Supremo, sino la región. Ni aun en lo tocante a la enseñanza—piedra angular en la protección de las minorías—se le deja la mano libre a la provincia.

Artículo 3.º:

Deberían repararse en lo posible los daños causados por las emigraciones forzosas llevadas a cabo, y por otras injusticias de este género. Italia debería haber declarado que la necesidad de elegir ciudadanía, consecuencia del Tratado Hitler-Mussolini, carecía de todo fundamento jurídico, pero se contentó sencillamente con conceder la libertad de poder reelegir. Todo esto sin resolverse ni mucho menos en un año, como dispone el Acuerdo parisino. Nada se hizo por remediar los males causados; ni se recuperaron las propiedades ni los empleos, mereciendo especial mención los mutilados de guerra que, haciendo uso del convenio de «Elección de ciudadanía», habían militado en las filas del Ejército alemán, y que no perciben pensión alguna.

Y todo ello encaminado a que cuantas más dificultades encuentren los que quieran volver a la patria, menos aumentará el contingente alemán en el Sud-Tirol. A aquellos que habían solicitado la ciudadanía austriaca se les prohibió la vuelta. Haciendo de nuevo caso omiso del Tratado de París, obligó a Austria a admitir un fuerte contingente. El resultado fué que de 70.000 emigrantes que al acabar la guerra solicitaron el retorno a la patria, volvieron 10.000; de los 60.000 restantes, hasta ahora unos 9.500; sin que puedan tenerse serias esperanzas respecto a los otros 50.000.

A la vista de esto no se puede decir ciertamente que se haya cumplido el Tratado de París.

Para el reconocimiento de diplomas y títulos académicos hubieron de pasar diez años, si bien hoy día este problema está completamente resuelto en cuanto a los grados de enseñanza superior.

Tampoco se observan unas grandes facilidades en cuanto al tráfico. ¿Por qué ha de ser permitido el tránsito únicamente por los pasos de Brénero y Reschers? A los turistas debería permitírseles cruzar las fronteras por los montes con tal que diesen aviso a la policía del primer pueblo fron-

terizo. También se podría ahorrar tanto tiempo de espera en el Brénero si la policía italiana despachase las formalidades en el tren, como se hace en la mayoría de los países.

Mientras tanto, la inmigración italiana constituye uno de los mayores peligros para el Sud-Tirol. 230.000 alemanes y ladinos existían en 1953, esto es, no más que en 1910.

Los italianos, en cambio, han crecido enormemente, como lo demuestran los datos que a continuación presentamos:

En 1910	7.000
En 1921	20.000
En 1923	81.000
En 1953	115.000

Visión final del estado de cosas en Sud-Tirol.

De todo lo anterior podemos deducir que en buena crítica no se puede negar que Tirol ha sufrido los anhelos expansionistas de Italia, y no es desgraciadamente el único ejemplo de cómo problemas actuales derivados de antiguos intereses políticos pueden impedir esa integración de Europa que todos los países necesitan y que casi todos desean, y en pro de la cual habrá que solucionar esos crónicos antagonismos de vecindad.

Todas las negociaciones intentadas por Austria se han estrellado contra la intransigente postura italiana, siendo también desestimado el Memorándum de protesta que presentaron los sudtiroleses al Gobierno italiano en el año 1954.

En el Memorándum del año 1956 del Gobierno austríaco al italiano se le reprochaba a este último no haber cumplido el Tratado De Gasperi-Gruber en cuanto a la igualdad de los idiomas, a la ocupación de empleos y a la autonomía. La réplica italiana de 30 de enero de 1957 manifiesta haber cumplido el Tratado, y así, de negociación en negociación, no se ha adelantado absolutamente nada.

En el cuadro de empleos que Austria presentaba se especificaba, por ejemplo, cómo en la Dirección de Correos y Telégrafos el 78,9 de los empleados eran italianos y el 21 por 100 alemanes; en la Dirección del Banco del Estado en Bolzano, el 93,5 italianos y el 6,5 alemanes; en los Sindicatos, Inspección de Trabajo y Organismos de Seguridad Social el 97,7 italianos y el 2,3 alemanes, y así ocurre en todos los Organismos de la Administración regional y aun provincial. Italia enumeraba otra no menos larga rela-

ción de los funcionarios públicos que hablaban los dos idiomas, como estipulaba el Tratado.

Pero en lo que no cabe duda es en cuanto a la autodeterminación. Como decimos anteriormente, la anexión de Bolzano a Trento implica la mayoría italiana, y así el fin del Tratado de París de proteger las minorías nacionales y el derecho repetidamente reconocido por los más altos Organismos de que cada grupo o entidad nacional dirija sus propios destinos queda completamente en el vacío.

El verdadero sentir de los sudtiroleses lo demuestran las elecciones de mayo de 1956, por las que de 112 municipios sudtiroleses resultaron 105 con alcalde alemán y con italiano los siete restantes. Sin embargo, los secretarios de ayuntamiento, nombrados por el Estado, alcanzan una aplastante superioridad favorable a Italia. La supresión de cualquier órgano de la Administración entre la provincia y la región, como lo es en Austria la Federación de Distritos, lleva consigo el total desamparo del grupo sudtiroles en tal cuestión.

Y no creemos en lo que lo que promueve la actitud italiana sean sus intereses en la industrializada Bolzano, ya que en cualquier caso no sería difícil encontrar una fórmula de compensación económica si ello fuera justo.

En los días 27 y 28 de enero último se han celebrado en Milán, bajo el patrocinio de las Naciones Unidas, las últimas conversaciones entre Italia y Austria. La marcha y resultado de estas gestiones la expresa muy bien el lacónico comunicado de Segni, ministro italiano de Asuntos Exteriores, a la Prensa: «Nosotros hemos expuesto nuestros puntos de vista; los austriacos, los suyos; y después se acabó.»

El viejo problema de la intransigencia ha impedido una vez más que se entiendan dos países, dos países que hablan de libertad y democracia, de derechos..., pero que no han podido llegar a un acuerdo en la mesa verde de «Villa Comunale».

Grupos de jóvenes italianos entonaban el himno italiano por las calles y plazas de Milán, y la famosa canción fascista «Giovinezza», provocando la intervención de la Policía. Ya no es hora de canciones fascistas, aunque en otros problemas—Sud-Tirol, por ejemplo—se siga la misma orientación que les imprimieron Battisti o Mussolini.

Los argumentos han sido los de otras veces: los austriacos exigen la completa autonomía de Bolzano, como único medio de proteger la minoría austriaca; los italianos, acorazados en su Constitución, afirmando haber

cumplido el Tratado de París, niegan la autonomía a la provincia, que no es nada sino unida a la región.

Después, la separación desabrida de las Delegaciones y el monumento italiano volado por los tirolese en Bolzano. Y todo ello dando la amarga sensación de que Europa quema su pólvora en salvas; no sólo no se adelanta, sino que se vuelve a las rutas políticas de problemas heredados, ya viejos.

Pero el problema puede alcanzar intereses más amplios que los nacionales, y debido a ello y seguramente a presiones de más «fuerza», Austria e Italia probarán de nuevo en próximas conversaciones. El futuro nos informará de la solución del problema tirolés.

GREGORIO BURGUEÑO ALVAREZ.

